

EL RESPLANDOR DE MAURICIO MAGDALENO: O LA DESILUSIÓN DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

TOMÁS BERNAL ALANIS*

Ellos mismos no sabían a punto cierto qué quería la Revolución, pero cada cual tenía sus motivos de queja y sus deseos de venganza, sus anhelos de mejoramiento económico: todo creían poderlo satisfacer. "La Revolución".

Rafael F. Muñoz

INTRODUCCIÓN

Dentro de la amplia y diversa gama de la novela de la Revolución mexicana aparece en 1937 la obra *El Resplandor* de Mauricio Magdaleno.

Su aparición en el mundo literario mexicano constata la presencia y la importancia de la escritura emanada de la lucha armada de 1910, conocida como la Revolución mexicana. Desde la aparición en 1915 de la novela clásica de *Los de abajo* de Mariano Azuela, hasta los estertores de esta corriente como podrían ser el libro de cuentos *El llano en llamas* (1953), y la novela *Pedro Páramo* (1955) ambas del escritor jalisciense Juan Rulfo.

* Profesor-investigador de la UAM-Azcapotzalco, Departamento de Humanidades.

El extenso campo de la novela de la Revolución marca un hito en las letras mexicanas, en particular, y en el pensamiento social, en general. La producción novelística revolucionaria abarca un vasto espacio geográfico, que podríamos decir —sin peligro a equivocarnos— invadió los horizontes del campo mexicano.

En este ensayo lo que se pretende mostrar es cómo la Revolución mexicana influyó en la vida política, económica, social y cultural de la nación mexicana del siglo XX. Y cómo la novela desprendida de este hecho histórico marcó en gran medida el posterior desarrollo de las letras y las ideas de muchos de los intelectuales más importantes de México.

Un ejemplo descollante de esta situación es la novela del escritor zacatecano Mauricio Magdaleno, *El Resplendor*, donde nos muestra un cuadro histórico de largo aliento en el Valle del Mezquital en el estado de Hidalgo, para mostrar la dinámica de la Revolución como un proceso histórico permanente que tiene sus antecedentes y defectos desde el pasado hacia el futuro.

Bajo un criterio audaz podríamos calificar a *El Resplendor* como una de las grandes novelas del siglo XX en México por su aportación histórica en el tratamiento del problema indígena y por la desilusión que trae la Revolución mexicana en un pueblo que puso sus esperanzas en ella y en la gente que participó en dicho proceso. Vayamos a ella para escuchar los lamentos del pueblo mexicano que se pierden en los tiempos de la noche.

NOVELA Y REVOLUCIÓN

El pensamiento social que nace y se desarrolla al calor de la Revolución mexicana crea un *corpus* de ideas sobre el desenvolvimiento histórico de México. Los antecedentes de la justi-

cia y pobreza obedecen a una larga historia de colonización, conquista y luchas que explican en gran parte los mundos que han existido en México.

Mundos distanciados por ideas, creencias, pero también por obras que han mantenido ese México profundo alejado de ese universo ladino, mestizo, donde la historia de México ha fincado sus anhelos de nación.

Es ese laberinto de la soledad que ha ayudado a conservar esos mundos del hombre blanco y del indígena, del explotador y el explotado, del que genera su riqueza por medio del trabajo del otro. La historia de México está llena de esas dualidades fecundas que inundan su imaginario político, económico y social: el tlatoani y el calpulli, el encomendero y el siervo, el hacendado y el peón, el gobierno y el obrero, etcétera.

La historia de contrarios, en su dialéctica, ha marcado los ritmos del tiempo mexicano de su propio derrotero histórico. Y la Revolución mexicana como punto fundamental del siglo XX es el final de un largo proceso tortuoso por encontrar los caminos de una nación libre, moderna e industrializada.

Como lo apuntó en su obra pionera Frank Tannembaum, *La Revolución Agraria Mexicana*: "Desde 1910, la Revolución ha afectado profundamente la naturaleza social y política del país, pero la organización agrícola apenas ha mejorado, y hasta podría argüirse que se ha perjudicado en vez de mejorarse".¹

La Revolución se convirtió en la fuerza creadora de un movimiento que invadió todos los campos de la vida nacional. Su evolución creadora permitió la búsqueda de un nuevo rostro para

¹ Tannembaum, Frank, "La Revolución Agraria Mexicana", en *Problemas Agrarios e Industriales de México*, vol. IV, núm. 2, México, PAIM, 1952, p. 53.

el pueblo mexicano y las artes fueron la respuesta a este desafío por encontrar la tan anhelada “alma mexicana”.

La escritura, la pintura, la música, la escultura, entre otras artes, tuvieron en la Revolución un inagotable manantial para crear ese espíritu nacional del que tanto ansiaban los hombres de esa época: Antonio Caso, Alfonso Reyes, Ramón López Velarde, Manuel Gómez Morín, Manuel Gamio, José Vasconcelos, Moisés Sáenz, entre muchos otros, vieron en este momento histórico, el instante adecuado para encontrarnos a nosotros mismos.

Y así apareció el crisol de una nueva cultura que ofrecía sus propuestas a una sociedad que se estaba edificando en la fe revolucionaria del cambio y la permanencia de los ideales revolucionarios. El poder y la cultura ensanchaban sus horizontes hacia un propósito común: México y el crítico literario José Luis Martínez así lo asentó: “Precisamente el año en que se emprendió nuestra revolución política, inicióse otra revolución cultural no menos importante”.²

Así, la sociedad mexicana participó de esta fiesta convertida en popular por los gobiernos posrevolucionarios. La unión indisoluble entre el Estado y el pueblo se transformó en un binomio de la defensa y la lucha por los ideales revolucionarios. El pueblo parecía entrar al banquete de la Revolución, claro, siempre desde lejos, en la puerta y con las sobras que le daba la élite política. Esa es la historia desafortunadamente.

Para justificar la defensa y permanencia de la Revolución, los intelectuales no dudaron en jugar su papel, a favor o en contra

² Martínez, José Luis, *Literatura Mexicana, Siglo XX, 1910-1949*, México, Conaculta, 1990, p. 18. Es indudable que toda época construye su referente cultural con base a los problemas que se plantean y a las respuestas que da la clase gobernante desde el poder utilizando los recursos que tienen a la mano.

de ella. Algunas voces —como la de José Vasconcelos— dieron su definición de lo que se entendía por Revolución:

“Revolución es el recurso colectivo de las armas, para derribar opresiones ilegítimas y reconstruir la sociedad sobre bases de economía sana y de moral elevada. La fundamental justificación de los sacrificios que demanda una revolución, es que ella sea medio para crear un estado social más justo y más libre que el régimen que se ha destruido, o se intenta destruir”.³

Por tanto, la Revolución se convirtió por los intelectuales y políticos en una condición necesaria para justificar y dar vida al camino futuro del país y sus instituciones. La Revolución se institucionaliza en nombre de la verdad, de la justicia y del bien que va a producir en la población mexicana.

Como proyecto totalizador, la Revolución mexicana pretende subir a todos en el auto de la democracia y la modernización. El antiguo régimen ha muerto y la revolución ahora debe cumplir las expectativas que despertó en el horizonte histórico y en la conciencia de los hombres que lucharon por ella.

La apología de la Revolución mexicana es inmensa. Se hizo al calor de las buenas intenciones y de los deseos de redención. La Revolución lo era todo, debía cumplirles a todos. Claro que era un camino difícil, pero el cual, era necesario recorrer para entender la lógica de la historia y del cambio revolucionario.

En su ensayo *La aspiración suprema de la Revolución Mexicana* de 1933, José Manuel Puig Casauranc, el autor, estableció las necesidades para ver convertidas en realidad la gesta revolucionaria.

“México necesita, a mi modo de ver, una coexistencia de condiciones favorables, en todos los órdenes de la vida que traigan una posibilidad de

³ Vasconcelos, José, *Qué es la Revolución*, México, Ediciones Botas, 1937, p. 91.

mejoramiento de nuestra población y una situación general de relativa satisfacción de vivir, como resultado de aspiraciones modestamente satisfechas siquiera, hasta llegar a un grado medio general, en México, de una vida nacional homogénea, de aspectos realmente civilizados y humanos".⁴

Como este autor, muchos en un primer momento creyeron y apoyaron a la Revolución, pero con los años, esta versión triunfalista se iría moderando, hasta caer en algunos casos, en el escepticismo extremo de la crítica y la negación, lo cual se plasma en obras artísticas, como es el caso de la gran novela de Mauricio Magdaleno, *El Resplandor*.

EL RESPLANDOR DE MAURICIO MAGDALENO

La obra de Mauricio Magdaleno, *El Resplandor* es una de las grandes novelas en el ámbito de la literatura mexicana, entre otros puntos por: 1) El gran horizonte histórico que maneja y, 2) El conocimiento íntimo que tiene de la región y sus pobladores.

En el primer punto, el autor realiza un mural que abarca de la época prehispánica hasta la etapa posrevolucionaria para remarcar los momentos de la historia mexicana de esa región llena de un alto contenido histórico que sintetiza en gran parte los avatares de la historia nacional.

Y en el segundo punto, realiza un trabajo etnográfico —que sólo en algunos momentos es comparable a los cuentos de Francisco Rojas González— al describirnos a la cultura indígena con la fuerza, la belleza y el conocimiento de un escritor que ha vivido lo que está relatando y compartiendo con el lector y su mundo.

⁴ Puig Casauranc, José Manuel, *La aspiración suprema de la Revolución Mexicana*, México, imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1933, pp. 18-19.

Si esto no es suficiente, habría que agregar su vivencia personal en el pueblo del Mexe, en el Valle del Mezquital en el estado de Hidalgo a instancias de Narciso Bassols, para salir del ambiente asfixiante de la política y del problema de la educación sexual, los cuales comprueban su profundo conocimiento de las condiciones de vida de la población indígena de la región.

Con esto se muestra que no sólo la ficción le da vida a la literatura sino también el convivir y conocer las realidades que plasmamos en el papel a través de la escritura. Y esto Magdaleno lo hace muy bien, como lo cita en el prólogo Raúl Cardiel Reyes:

“Ahí pasó Mauricio varios meses, en chozas humildes, rumiando sobre el pasado y el presente de México, observando los grupos indígenas, contemplando sus áridos eriales los secos cauces de sus arroyos inmemoriales. Imaginó la historia de su país en ese lugar”⁵

Mauricio Magdaleno logró en esta obra la excelente radiografía de una geografía llena de dolor y miseria. Además de hacer una extraordinaria descripción del paisaje y de la psicología de los personajes, tanto individual como colectivamente.

Su pluma fina nos muestra los recovecos de la miseria de la condición humana expresada en la codicia y explotación de unos cuantos sobre una inmensa masa de población indefensa y engañada por los ropajes de una revolución que nunca se convierte en una realidad palpable para estos moradores que se pierden en la noche de los tiempos de nuestra historia.

⁵ Cardiel Reyes, Raúl, “Prólogo” en Mauricio Magdaleno, *El Resplandor. El compadre Mendoza*, México, Promexa, 1979, p. XVI. En este prólogo el autor explica el contexto ideológico y político por el cual Mauricio Magdaleno pierde la fe en la Revolución y en los hombres que la han corrompido, tema que será muy debatido en años posteriores por intelectuales como: Luis Cabrera, Manuel Gómez Morín, Daniel Cosío Villegas, entre otros.

La historia parece sencilla. Es la narración de un pasado y un presente, de un alma colectiva (el pueblo indígena desde los tiempos prehispánicos hasta la época posrevolucionaria) y de un personaje: Saturnino Herrera, que recibe las “bendiciones” de la revolución al ser escogido para estudiar —y de alguna forma ladinizarse— y regresar a su tierra para llevar los frutos de la Revolución.

La primera parte es historia patria, regional, donde las ideas creencias y supersticiones dominan el panorama del desarrollo del lugar conocido posteriormente como la hacienda “Las Brisas”. Y la segunda parte, es la aparición en el horizonte de un salvador, de alguien que viene a ayudar a su pueblo, a su gente.

Pasado y presente se conjugan en forma magistral para entregarnos un cuadro descarnado, pero a la vez real, de las condiciones de vida de la población indígena del país. En este caso de los otomíes.

Desde el principio de la novela, nos muestra su fina y bella escritura al describir el paisaje de la región otomí, que podría representar muchas otras “tierras flacas” —en palabras de Agustín Yáñez— que resumen en forma estupenda el panorama de gran parte de la provincia mexicana:

“Tierra marcada de huellas que no borra el viento, ceniza que no arde y quema los pies del otomí, pies y cascotes que se hunden en el horizonte de la sabana entre bodeques de boñiga, y el horizonte ígneo como un resplandor, calvo y güero del sol, tierra tétrica, tierra de ceniza y cal, tierra de eras despintadas que vomitan el salitre, tierra blanca, fina, enojada de pederal y comida de erosión, tierra y magueyal cetrinos, tierra y cuevas de adobe, tierra y delirio”.⁶

⁶ Magdaleno, Mauricio, *El Resplandor. El compadre Mendoza*, México, Promexa, 1979, pp. 3-4. A lo largo de la obra, la descripción geográfica es inmejorable y la fuerza de los destinos del pueblo de San Andrés de la Cal vienen unidos a una larga historia de explotaciones, maltratos, etcétera, que llevan a cabo los agentes civilizadores: tribus indígenas, conquistadores españoles, el clero, los hacendados, y por último, los revolucionarios.

La contraposición de ideas entre el mundo indígena y el ladino entre el pueblo o Pachuca, Actopan o Ixmiquilpan muestran claramente los imaginarios contruidos sobre la dicotomía: barbarie vs. civilización que es una constante a lo largo de la obra, como se puede apreciar a continuación:

“Si me quedo aquí, acabo como ellos. ¡Ya hasta hablar se me está olvidando! Quien vive en esta tierra siete años amigo Esparza, acaba convertido en bestia. Con usted es diferente. Usted va a Pachuca con frecuencia, habla con personas de razón, de Actopan, se entiende con las autoridades y las familias decentes de Ixmiquilpan”.⁷

Es el mundo rural transhistórico que conocieron las tribus invasoras, los conquistadores militares y espirituales (conquistadores y clero) el encomendadero, el comerciante, el hacendado y el revolucionario, los que hacen que se repita una historia infame de explotación.

En él encontramos el ancestral apego a la tierra, a las raíces, a las ideas que se han sincretizado para formar el “México moderno”, pero ese México profundo sigue persistiendo a pesar de los beneficios de las sociedades modernas. Es como el regreso mítico de Pedro Páramo, o esos cien años de soledad que se llevan auestas: “Allí estaban sus muertos, y su historia aciaga, y allí habían nacido sus hijos. ¡Se maldice el destino, mas no se abandona jamás a la tierra!”.⁸

Esta transmisión histórica de explotadores tiene una reincidencia continua de desarrollar una dependencia ancestral, de siempre estar explotados o sujetos a un régimen ajeno a ellos, a su forma de ver y construir el mundo, arrollada y negada por otros: “Los otomíes eran unos hombrechitos chaparros y dulces

⁷ Magdaleno, Mauricio, *op. cit.*, p. 5.

⁸ *Ibidem.*, p. 11.

que acogieron al español casi en son de beneplácito mirando en él la salvación de la durísima férula del azteca vecino".⁹

La Revolución llegó a San Andrés de la Cal y la bola hacía destrozos en nombre de la lucha armada. Los avatares de la lucha traían desasosiego e incertidumbre entre la población. Los nombres de los caudillos: Madero, Zapata, Villa, Carranza, Obregón, Calles... sólo eran usados para robar o justificar actos de violencia y rapiña.

La Revolución en los años veinte se institucionaliza y los caudillos siguen en escena. La lucha terminó y la reconstrucción nacional es un hecho que no debe esperar.¹⁰

Los tiempos del discurso nacionalista, de esa redención por tantos momentos esperada parecía que llegaba a su fin. El Estado y sus buenas intenciones de integrar al indio a la nación tenía la oportunidad ante sus ojos. Idea que queda muy clara en el intercambio de palabras entre Saturnino Herrera y un ayudante:

"—¡Ya verás, lugardita, lo que hacemos! ¿Ves a toda esa bola de compañeros? ¿Pues con ellos he llegado a donde me ves, y con ellos voy a gobernar a nuestra tierra! Haremos una presa del tamaño de la de Aguascalientes, que según dicen es grandota, y repartiremos la tierra de los latifundistas ladrones... —El problema del indio, Saturnino, es el problema de México. Cuando se cumplan los ideales de reivindicación de los revolucionarios, no habrá pobres en México. Lo que necesitamos es incorporar al indio a la civilización, ¡para que te lo sepas!"¹¹

Pero al calor de la Revolución, los discursos y los experimentos, los indígenas son prestos a trabajar en el campo de experimentación. Y así aparece con todo su esplendor la antigua

⁹ *Ibidem*, p. 28.

¹⁰ Para mayor información véase Manuel Calero *et al.*, *Ensayo sobre la reconstrucción de México*, New York, Laisne & Carranza, Inc., 1920.

¹¹ Magdaleno, Mauricio, *op. cit.*, p. 98.

hacienda rodeada de un paisaje desolador de las chozas de los indígenas.

Las promesas dan paso a la retórica, que se envuelve en su manto de engaños y esperanzas futuras. Aunque la Revolución siga enfrascada en sus buenas intenciones: "La Revolución es... es una especie de... ¡vamos hombre, la revolución, es el progreso!"¹²

RÍO IMAGINARIO DE LAS ALMAS. CONCLUSIONES

La novela *El Resplandor* retrata magistralmente ese mundo indígena subsumido en una eterna explotación. Teniendo como telón de fondo la Revolución mexicana, nos da una lección de dignidad de un pueblo que se rebela por enésima vez para encontrar mejores formas de vida.

La Revolución como acto creador de promesas fue implacable pero los resultados en la historia dicen lo contrario. El fervor revolucionario se fue apagando y aparecieron los "señores de la guerra", en justa definición de Jean Meyer, a las nuevas élites que se cobijaron en el acto revolucionario para afianzar poder y riqueza.

Este desaliento podríamos sintetizarlo con una frase de Luis Cardoza y Aragón, que resume muy bien el sentir de la época y de sus gobernantes: "En la hora actual de México en que todo es socialismo o parece serlo, hay muchos contra-revolucionarios que aparentan servir la Revolución con el solo propósito de servir de ella".¹³

¹² *Ibidem*, p. 204.

¹³ Cardoza y Aragón, Luis "Arte y Revolución" en *UGB*, núm. 2. México, Universidad Gabino Barreda, 1935, p. 34.

El Resplendor, como las grandes novelas, nos hablan de la condición humana —de los indios de México— y que es una veta inagotable no sólo literariamente sino que nos abre horizontes en la sociología, la antropología, la historia, entre otras disciplinas para entender ese México profundo del cual somos herederos.

BIBLIOGRAFÍA

- BRUSHWOOD, John S., *México en su novela*, México, FCE, 1987.
- CALERO, Manuel *et al.*, *Ensayo sobre la reconstrucción de México*, New York, De Laisne & Carranza, Inc., 1920.
- CARDOZA Y ARAGÓN, Luis, “Arte y Revolución” en *UGB*, núm. 2. México, Universidad Gabino Barreda, 1935, pp. 28-40.
- CASTRO LEAL, Antonio, “Prólogo” a *La Novela de la Revolución Mexicana*, t. II. México, Aguilar, 1991, pp. 859-860.
- CÓRDOVA, Arnaldo, *La ideología de la Revolución Mexicana*, México, Era, 1998.
- MAGDALENO, Mauricio, *El Resplendor. El compadre Mendoza*. México, Promexa, 1979.
- MARTÍNEZ, José Luis, *Literatura mexicana Siglo XX 1910-1949*, México, Conaculta, 1990.
- MÉNDIZABAL, Miguel Othón de, “Los otomíes no fueron los primeros pobladores del Valle de México” en *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, t. I, núm. 3. México, Cultura, 1927, pp. 114-128.
- MEYER, Jean, *La Revolución Mexicana*, Barcelona, Dopesa, 1973.
- PUIG Casauranc, José Manuel, *El sentido social del proceso histórico de México*, México, Ediciones Botas, 1938.

PUIG CASAURANC, José Manuel, *La aspiración suprema de la Revolución Mexicana*, México, imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1933.

TANNENBAUM, Frank, "La Revolución Agraria Mexicana" en *Problemas Agrarios e Industriales de México*, vol. IV, núm. 2. México, PAIM, 1952.

VASCONCELOS, José, *Qué es la Revolución*, México, Ediciones Botas, 1937.